

Lope de Vega y la geografía peninsular

POR EL

Dr. ANGEL VALBUENA PRAT

Catedrático de la Universidad de Madrid

Así como la universalidad de Cervantes, actúa sobre el plano humano y personal, que se amplía a las tierras vistas y vividas, desde la cultura a la dolorosa experiencia, la plenitud peninsular se realiza en Lope al modo de su sentido creador esencialmente nacional. Cervantes, conserva sus raíces castellanas, alcaláinas, pero capta el panorama del ambiente mismo del Renacimiento italiano, y el Argel del cautiverio, en problemática de estética y política universales. Lope que, salvo las expediciones militares marinas, no sale de la península ibérica, unas veces «sueña» de Italia, tan comprendida, y los mundos de fantasía para las comedias semi-históricas o de pura aventura. Capta el problema de Boris y Demetrió en Rusia, y a la vez las comedias de la Roma o Nápoles de su época, llegan a la exactitud de lo que parece vivido. Pero esto lo ha captado en la propia Literatura o en los relatos de sus amigos que viajaron. Es cultura de libros o conversaciones, como ocurre a Shakespeare, con los supuestos ambientes y temática de la Roma cesárea o del Renacimiento. Aunque hoy algún shakespeareano sostiene la posibilidad oculta de un viaje a Italia del gran trágico universal. Pero, Lope, al lado de ese tono de lecturas y erudición, pasea por las tierras españolas, vive en sus ciudades más significativas, llora, ríe, ama o reza en ellas, y escucha los cantares de sus aldeanos o la música polifónica de los nobles o los clérigos. Valencia, Toledo, Sevilla están tan vividas por Lope, como la Madrid o la Valladolid de las cortes y los certámenes literarios. Hay mucho madrileñismo en Lope —y, entre

otros, lo ha destacado con pasión de paisanaje, Sainz de Robles en su reciente biografía—, pero no para eclipsar al poeta de todas las Españas, ni siquiera para revelarle como un «dedicado». En esto, hay mucho más madrileñismo pintoresco en las comedias costumbristas y en el habla de Tirso, a pesar de que se quejaba de la ingratitud de su pequeña patria, y prefería la acogida de la «Toledo de sus Cigarrales». Tirso se llamaba «humilde pastor del Manzanares», Lope prefería la oriundez de la montaña de sus antepasados. Ya en ello vemos la primera nota de la ampliación de lo que pudiera llamarse su «patria chica». Aunque no era de noble linaje —y Góngora se burlaba de las torres de su seguramente inventado escudo—, los antepasados tenían una sencilla casa solariega, en la Vega de Carriedo, cerca de Santander: el padre, Félix o Felices de Vega era bordador. A las dos cosas alude Lope al mencionar en «La Filomena».

«mi nido
que de torcidas pajas fabricaba
mi padre, de los montes procedido».

Siendo niño, Lope estuvo ya en Sevilla, en casa de su tío el inquisidor don Miguel del Carpio, pariente por línea materna. De ése es la anécdota que un portugués contaba en una carta a Góngora, en que dice de Miguel del Carpio, «hombre por quien hoy dicen en Sevilla cuando una cosa está caliente: quema como Carpio». El sobrino le recordaba como hombre «de noble y santa memoria», añadiendo su recuerdo local: «en cuya casa, en Sevilla, pasé algunos de los primeros días de mi vida». De la suntuosidad hispalense debieron quedar recuerdos de niñez. Seguramente vio en casa de su tío los desfiles de la entrada de Felipe II en Sevilla a que alude en la comedia «La victoria de la honra» (1), y que tuvieron lugar en 1570 —Lope tenía ocho años, y muy bien pudo recordarse lo pintoresco y brillante del recibimiento al Monarca, en la «Roma triunfante en ánimo y nobleza», que dijera Cervantes en ocasión del túmulo al mismo Felipe II (1598).

Pero, claro está, la Sevilla vivida en su plenitud por Lope, no es la puramente aparatosa de los desfiles que admirara de niño, sino la del comediógrafo en triunfo, del amante de Micaela de Luján, la ciudad de la riqueza y la disipación, de la que decía ya Gutierre de Cetina en una epístola al hispalense Baltasar del Alcázar:

«Como del cuerpo nacen los gusanos
que el mismo cuerpo triste van comiendo,
se comen a Sevilla sevillanos».

(1) Véase J. MILLÉ y GIMÉNEZ, «Don Miguel Carpio, tío de Lope de Vega», en la revista «Nosotros», Buenos Aires, 1923.

Un contemporáneo de Lope (Morgado) habla de los vestidos lujosos de sevillanos y sevillanas. Ellos visten gorgorán y terciopelo. Y «ninguna mujer de Sevilla cubre manto de paño; todo es buratos de seda, tafetán... Usan mucho en el vestido la seda, telas, bordados, colchados, recamados y telillas: las que menos jerguetas de todos colores». Admira la gracia y garbo con que «se atapan los rostros con los mantos», su lozaneo, «y mirar de ojo». Lope en «El arenal de Sevilla» describe este mismo ambiente:

«LAURA.—Famoso está en Arenal...

.

Tanta galera y navío
mucho al Betis engrandese.

URBANA.—Otra Sevilla parece

que está fundada en el río.

.

Mejor será que lleguemos
hasta la Torre del Oro,
y todo ese gran tesoro
que va a las Indias veremos».

La comedia nos hace ver la Arenal de los galanteos. Un galán «gallardamente» pasea con el empaque del caballero de Velázquez junto al río de Zaragoza. Las damas, coquetean y «lozanean»: «Echa el manto, el rostro enluta».

Lope vive su Sevilla como una síntesis de los diversos visitantes de Castilla toda, y por eso son significativos sus versos de hermandad:

«Todo el cuerpo de Sevilla
es un alma castellana».

En la «Babilonia» meridional acechan los amores y la acometida de los emboscados que hacen decir a un personaje:

«Arenal y noche oscura.
Por mi mal, Sevilla os vi» (2)

(2) Las referencias anteriores son de la obra de ALONSO DE MORGADO, «Historia de Sevilla, en la cual se contienen sus antigüedades, grandezas... etc.», Sevilla, 1587. «El Arenal» —dice Morgado— ocupaba «desde la puerta de la Almudenilla hasta la Torre del Oro, habiendo en estas dos partes del muro de la ciudad el mismo Guadalquivir, que deja en esta distancia la ensenada que hoy vemos tan espaciosa y llana; caben en ella cincuenta mil hombres de guerra». Morgado habla de «tanto ventaje de mar... con su graciosa presencia». Muchos coetáneos hablan de los desafueros y cohechos de aquel «maremagnum», como Arias Montano en una carta a Felipe II; y el racionero de la catedral decía al arzobispo Niño de Guevara que «está Sevilla menos sigura, y más sospechosa que Sierra Morena».

En «Los peligros de la ausencia», Lope evoca una fiesta en el Guadalquivir :

«¡Qué bien vestidos de ramos,
en vez de toldos están...
¡los barcos! ¡Oh gran Sevilla,
como cisnes por la orilla,
las alas abriendo van».

En la Sevilla barroca y magnificente, en que el poeta ve cómo la apoteosis de la Castilla cortesana de su generación, la «opulenta Sevilla», que admira en su novela «La prudente venganza», con sus tesoros legendarios.

También recoge e interpreta las más populares «letras para cantar», de motivos sevillanos, como en «Lo cierto por lo dudoso» :

«Río de Sevilla,
¡qué bien pareces,
con galeras blancas
y ramos verdes!».

Si Sevilla es apoteósica para Lope, Valencia, con su levante marino, acogedor y sensual, íntimo y familiar, y con grupos de amigos de juventud, es un motivo arraigado en su corazón. El mayor elogio que encuentra para las flores en arcos decorativos de una fiesta hispalense, que convierten una sala en selva, en un motivo cortesano de «Lo cierto por lo dudoso», es éste :

«porque no envidie Sevilla
los jazmines de Valencia».

Ricas flores de trapo, perfumes de frascos derramados, para dar una sensación de verdad, y hasta árboles de la Alameda sevillana, pero todo en un juego de artificio, pero el aroma evocado de los «jazmines» de Valencia era el huerto del que «Belardo» —él mismo— había sido hortelano o jardinero. El ambiente de Valencia, lo recoge no sólo en el romance aludido —«Hortelano era Belardo»— sino en un interesante grupo de comedias, varias de su primera época. Leonato describe así la ciudad levantina, a la recién llegada Erífila, en la segunda escena de «Los locos de Valencia» :

LEONATO.—Esta, Erífila, es Valencia.
La puerta es ésta de Cuarte,
Aquí dio Venus y Marte
una divina influencia.
Estos son sus altos muros,
y aqueste el Turia que al mar
le paga en agua de azahar
tributo en cristales puros.
Aquel es el sacro Seo
y éste el alto Micalete».

«¡Qué fértil!», exclama Erífila, «¡Bello lugar!». Es el sitio ideal para una «locura de amor». No sólo a esta pareja curiosa, sino al mismo Lope le llegó ahí la «influencia de Venus», más que de Marte, que tan bien se avenía a su temperamento. También, en el desdichado final de su aventura, Erífila apela a la generosidad acogedora de aquella tierra, la «piedad valenciana».

En «Las flores de Don Juan», se recogen temas valencianos, de particular encanto:

«Salen de Valencia,
noche de San Juan,
mil coches de damas
al fresco del mar.
¡Cómo retumban los remos,
madre, en el agua,
con el fresco viento
de la mañana...!
Despertad, señora mía,
despertad,
porque viene el alba
de señor San Juan».

En la Valencia de Auzias March, evoca don Juan, a los grandes poetas del amor, del primer Renacimiento italiano, en un curioso pasaje:

«Hay en amor mil engaños.
Mas si como el Dante dice:
amor a ningún amado
que no amase perdonó;

Y el Petrarca, entre sus raros (3)
 versos, que no hay corazón
 de tan duro bronce o mármol,
 que no se ablande o se mueva,
 rogando, llorando, amando...».

No desmerece la próspera Valencia al lado de la gran Barcelona. Alejandro dice, en la misma comedia:

«Aunque me dio contento Barcelona,
 Valencia me ha agradado sumamente».

«Bellísima ciudad», la llama su interlocutor. Allí estaba el remanso de hogar de Lope —con su primera esposa Isabel de Urbina—, de donde salió para alistarse en la *Invencible*, y retornó, desengañado, tras la derrota, en la que había muerto un hermano suyo. Comentaba así su estado de ánimo: «Galas y penachos de mi soldadesca, un tiempo colores, y agora tristeza», en ritmo de endecha popular. Junto al amor conyugal, encontraba Lope en la ciudad levantina, la amistad y cooperación con el grupo de poetas valencianos. A ellos traía Lope un impulso de novedad, vital y creador, aunque a su vez, pudieron influirle en una técnica dramática, elaborada entre lo clásico y lo novelesco, de la etapa, que llamo «preloquista». Ellos también componían comedias de costumbres locales, como «El prado de Valencia», de Francisco Tárrega (1556-1602), o situaban en la ciudad amable, los más pintorescos conflictos como «Los malcasados de Valencia», del famoso Guillén de Castro. Lope, en relación con lo primero, compone una bella pieza juvenil, «El Grao de Valencia», más o menos con lo segundo, y, más adelante, «La viuda valenciana». Un carácter, a la vez realista, caricatural, extraño y de aventura, en una comedia inolvidable, por el tema y el tratamiento, de la que hemos citado versos: «Los locos de Valencia». Vossler, en su «Lope de Vega y su tiempo», analiza el carácter del grupo valenciano de comedia y su ambientación autobiográfica, unida a lo novelesca. Hasta en los coros clásicos, de su tardía acción en prosa «La Dorotea», puede haber un eco de la tendencia neo-helénica de un Virués. La relación de Lope con la tradición de autos medievales y posmedievales en valenciano, y hasta con los músicos de esa región que, durante la estancia de Lope, los ilustraban es evidente, como he señalado con citas de las primeras «representaciones morales» de este tiempo del gran poeta de todas las Españas (4). En esas obras de sabor arcaico, es, acaso, donde captó

(3) Raros, exquisitos, perfectos.

(4) En nuestra conferencia «Lope de Vega y el Misterio de Elche», en la celebración del Centenario por la «Peña Madridista», titulada «El Misterio de Elche y los elementos medievales en Lope» (enero, 1963).

mejor Lope el espíritu medieval que trasladó a su teatro sacro (autos y comedias).

A su vez, recoge Lope el ambiente de las ciudades universitarias españolas, como Salamanca y Alcalá. En «El bobo del colegio», aparece lo que era la ciudad que se mira «en los cristales del Tormes», de nobles casas con cifra de escudos que se describe así:

«Esta máquina levantan
al Cielo cuatro colegios
que aquí los Mayores llaman:
el Viejo, el del Arzobispo,
de Cuenca y de Oviedo...».

«Hay tres escuelas que exceden las de Grecia y las de Italia»; sus maestros y cátedras ostentan la sabiduría, que honrara a Hipócrates y Aristóteles, o a Escoto y a Baldo, y la suntuosidad de los actos en que asisten príncipes electores con armas o con mitras, y los colores de las mucetas y birretes:

«tantas borlas de colores,
verdes, azules y blancas,
carmesíes y amarillas;
porque este jardín esmalta
la madre Universidad,
naturaleza del alma».

También aquí la huerta de flores de su íntima Valencia se interpone en el mundo de los libros y las ciencias. El «alma mater» salmantina es como un panorama de amapolas y rosas, de lirios y azahares. La vida de la poesía de Lope se comunica a las metáforas de un perfume agreste en que el esmalte es fresca pintura. Hasta la diferencia de climas se apercibe. Dice un estudiante:

«Aconsejéme mi tío
viniese a estudiar acá,
aunque hace calor allá,
y acá temamos el frío».

El «allá», es Valencia con su templado clima marino, con su huerta de colores y aromas (5). El coetáneo y amigo de Lope, Vicente Espinel, decía también —éste oriundo de tierras malagueñas—, que Salamanca «era tierra frigidísima, donde un jarro de agua corrompe a un hombre». Lope trata de las burlas de los estudiantes, con el que hace el papel del «bobo del Colegio», al que visten «en figura de príncipe reciente en la Universidad», «muy bizarro, con capa, espada y broquel».

Entre las ciudades castellanas, en que vivió Lope, destaca la imperial Toledo, donde se representaron muchas de sus comedias, y en donde pone la acción de bastantes. Capta la verticalidad de diseño de la Toledo del Greco, el impulso ascensional de sus piedras, como un disparo al Infinito:

«Allí su gran pesadumbre
Toledo muestra en el Tajo,
donde las peñas de abajo
muestran subir a su cumbre».

Esta redondilla se halla en «El vaquero de Moraña», y en otras obras se hallan expresiones semejantes. La procesión de la Virgen del Sagrario se describe con todo detalle junto a las fiestas populares, en «El Santo Niño de la Guardia». En «El capellán de la Virgen», sobre San Ildefonso, aparecen muchos motivos toledanos. Respecto a la Ocaña y Toledo del «Peribáñez», me referiré en torno a su visión geográfica de los diversos dramas de honor.

LOPE DE VEGA EN MADRID

Madrid, la artificial capital del reino, inventada por Felipe II, fue verdaderamente corte, al menos cultural, en la generación de Lope de Vega. El gran poeta nacional nace en la villa del Manzanares, el río mínimo, ridiculizado por él y por sus coetáneos. Nace en 1562, y allí mismo fue nueve meses antes la reconciliación de sus padres: el mujeriego que se llevó a la Corte, desde la Montaña, una «española Helena»; la madre, solícita tras el esposo donjuanesco, a la vez celosa y amorosa que, perdonado él, satisfecha ella, dieron lugar a su primer fundamento. En:

«la paz de su celosa fantasía».

(5) Como varios personajes van de Valencia a Salamanca y a la inversa, se puede ver en esa comedia, cómo Lope se sentía más a gusto en el clima y ambiente de Levante:

«GARCERAN.—Con razón ha sido abril en Valencia celebrado...», MARIN.—Sí, que el castellano suelo es por el hielo encogido, y los naranjos de allá se tienen entre algodones».

Es curioso este verso. Esa «celosa fantasía» de la madre de Lope, está dicho por algo. ¿Sería la «española Helena», una mera entelequia, «en la celosa fantasía» de la paridora del poeta más imaginativo? Lo que sabemos seguro del padre, es su crisis mística, en la vejez, su caridad con los pobres y enfermos, acompañando al venerable Bernardino de Obregón. También debió gustarle la liturgia. De la madre, que debió ser una gran dominante —según Schopenhauer la voluntad se hereda de la madre— todo se puede creer. Se llamaba Francisca Fernández Flórez. Estudia Lope de niño, en el Colegio de la Compañía, y muy mozo se escapa a Segovia con un amigo, en busca de aventuras; no a ser mártires, como Santa Teresa y su hermano. Un alguacil los devolvió a la Corte. En ella traduce el poema de Claudiano, «De raptu Proserpinae» (preocupado acaso, con lo que habría oído de su padre?) Es curioso que sea Claudiano, el autor del s. V., lo más antiguo que conocemos de la formación literaria que influiría en el futuro Lope. Claudiano era un latino-egipcio, mezcla de Oriente y Occidente, a la caída del Imperio Romano, influído por Ovidio y Lucano e influenciador de Dante, que al comienzo de su «Raptu Proserpinae», en vez de a las Musas, invocaba a su propio Espíritu («mens congesta»), artífice de metáforas que parecen pregongorinas, que creía en el «furor divinus, sive poeticus», y el «furor» de nuestro pecho o corazón. Curtius ve en Claudiano un precursor del manierismo, ya en el «esquema de sobrepujamiento», advirtiendo que influye en Gracián y en alguna imagen de Góngora, y que era autor leído en las escuelas españolas del Siglo de Oro. Claudiano, poeta de genial talento verbal, que emplea la «metáfora del libro», es inconcebible se le pasara a Curtius, en algo tan fundamental como la influencia primera en la formación de Lope, y este dato lo podría haber encontrado en cualquier manual. Al entrar Lope al servicio del obispo de Avila, don Jerónimo Manrique, estudia en Alcalá, hacia el 76, y después en su evocada Salamanca universitaria (1580-81). Lope queda de «scholar» un siglo justo antes de la muerte de Calderón, lo que importa para la diferenciación de dos generaciones, pero los dos grandes dramaturgos se formaron en el «manierismo» de la Latinidad medieval.

Vuelto a Madrid, con cultura y más bien anhelos de escritor de comedia y de aventuras amorosas, tiene lugar su amor con la actriz Elena Osorio (otra «española Elena»), que le produjo pasión, celos y despecho, y quedó para siempre arraigada en el alma del hombre y el poeta. Su pasión con todos los altibajos, la evocó, de viejo, en su mejor obra en prosa «La Dorotea». En Madrid, el «proceso por libelos contra unos cómicos», al verse sustituido en las preferencias de la coqueta Elena, influída por su propia familia, sin duda, hacia un amante rico (por otra parte, era ella casada. Y Lope sacó las consecuencias metafóricas posibles contra el padre y el marido). El nuevo amante era sobrino del cardenal Granvela. La som-

bra de la influencia de la Iglesia pesaba hasta en las aventuras de los frívolos sobrinos.

En Madrid se casa el despechado Lope, con la digna Isabel de Urbina, acaso la más noble figura de mujer que pasa por el corazón del poeta. La había raptado, estando oficialmente desterrado de Madrid, y se fue con ella a Valencia, donde hemos visto encontró el remanso de paz de su querido huerto.

Antes de enviudar de «Belisa» —nombre poético de Isabel—, y por lo tanto antes de llorarla mucho, fue a Toledo con el Duque de Alba y a las heredades y jardines de éste en Alba de Tormes, que cantó en claudianos floripondios. Le acompañó la esposa, que precisamente moriría en Alba de Tormes en 1595.

Tras las lágrimas sentidas, vuelve Lope a Madrid y Toledo, y se embebe de Sevilla. Figura ya otra mujer en su vida, la actriz Micaela de Luján («Camila Lucinda»), como la primera (Elena) también casada con un cómico, el Diego Díaz, de quien se burló, juntamente con el poeta, el rufianesco sevillano Alvarez de Soria. Lope tuvo siete hijos de Micaela, y la cantó en diversos poemas.

En Madrid, se casa Lope por segunda vez, con Juana Guardo, hija de un abastecedor de carne y pescado, que parece era un honrado comerciante. Los poetas rivales satirizaron al yerno. Vivió Lope con su segunda esposa en Toledo y en Madrid. En la Corte, compra una casa en la calle de Francos, en donde hoy está su museo de recuerdos, bien reconstruido. Allí tuvo su pequeño huerto, ya que no podía disfrutar de la amplia huerta valenciana. Gozaba entre flores y libros. Se casó con Juana el año de la muerte de Felipe II (1598), y cantó a su mujer «en burlesco». Era en el huerto de su casa madrileña, feliz, sobre todo con el hijo Carlillos, que gustaba de flores y pájaros, como el homónimo, príncipe, retratado por un discípulo de Velázquez, lienzo que parece más bien dedicado al muchacho de Lope (aunque no lo está). El príncipe de los Austrias, y el «príncipe» del hogar de Lope, mueren prematuramente. En un caso fue una desgracia nacional (en vez de él, sucedería a Felipe IV, el pobre Carlos II). En el otro, un motivo de la crisis mística del gran poeta. Viudo en 1613, se ordena de sacerdote, en Madrid, al año siguiente.

Madrid es un círculo de pecados, y no pudo escapar el Lope «ordenado» a su influjo, desmoralizado además por sus tercerías literarias, al servicio del Duque de Sesá. Aparte cómicas sin trascendencia, Lope vive su última jugosa y amarga pasión en relación con la también, progresivamente casada, viuda y sacrílega. Marta de Nevaes. La progresión falla en el tercer adjetivo.—Fue el amor que le llenaba: finura, belleza, intelectualidad, pero que desgraciadamente, surgió cuando él ya se ponía alba y casulla. Le llenó de amor y dolor, y fue a la vez delicia y expiación. Ella se

volvió ciega y loca, y murió, dejando en tristeza de «huerto deshecho» al poeta. Para más dolor muere su hijo Lopillo en mares de América, y es raptada, a los diecisiete años, la hija de Lope y Marta, por un Cristóbal Tenorio, noble protegido por el Condeduque. A los pocos meses muere en Madrid el pecador arrepentido (1535). Que su purgatorio haya sido leve. El entierro de Lope no se igualaría ni aún en estos tiempos, en que se trae a los muertos de fuera para enterrarlos en Madrid. Toda la corte lloró al poeta, y suponemos, que por caridad, incluso los poetas rivales, aunque muchos importantes no colaboraron en la «Fama póstuma» preparada por el ingenuo Montalbán, camino de la locura y la muerte. Incluso grandes, que no parece tuvieran resquemores con Lope no figuraron, como Quevedo y Calderón.

Se ha hablado mucho del «madrileñismo» de Lope. Uno de los más defensores de esto es precisamente un gran madrileñista de hoy, Sáinz de Robles, en su reciente biografía del «Fénix». Creo, sin embargo, que a pesar de las muchísimas citas a lugares, edificios y personajes, Madrid es para Lope sobre todo la Corte. Respecto a su nacimiento, él proclamaba más que eso su oriundez de la Montaña, la tierra de los linajes. En cuanto a los hechos de su vida, aparte los esplendores de la Corte, que tampoco le fueron afectos como a un Velázquez o un Calderón, más fueron las luchas y sinsabores, que los recuerdos gratos. En Madrid, se le procesa por libelos a la familia de Elena Soria, y de ella se le destierra. En su vuelta de escritor triunfante, las guerras literarias, los ataques, libelos, a los que contestó como mejor pudo, más señalan inquieta situación, que remanso de paz, que él buscaba. En Valencia, logró éxito, cariño de hogar y un clima que le encantaba. Parecen sólo recuerdos gratos los de la vida estudiantil, en Salamanca. Sus evasiones, en cuanto podía a Toledo o Sevilla, parece que eran para él una liberación. Podía haber sátiras, pero insignificantes, como el soneto del hampesco Alvarez de Soria, en Sevilla. En Madrid, tenía en contra a Cervantes, nada menos que a un Góngora que «pontificaba» y la caterva, no por mediocre a veces, menos despreciable por su erudición clásica de los aristotelistas, en punto a la comedia (*). En cuanto a la nobleza, así como la ayuda del Duque de Alba, y la estancia en sus tierras, era sólo motivo de satisfacción y de dignidad, en Madrid, la relación con Sesa, era complicada, y en el fondo indigna, pues ya se sabe que obligaba al poeta a sus papeles de amoríos, aún siendo Lope sacerdote. Además, Madrid era el cúmulo de corrillos literarios, de envidias «universales», con una realza que en el fondo le despreciaba, acaso por su vida y casi «estado llano». No era de la generación de Felipe IV, que ayudó, y unió a palacio, a cuantos poetas y artistas pudo, especialmente a

(*) Véase el profundo estudio de Entrambasaguas sobre este aspecto.

los dos grandes indicados. El desdén era más para dolerse, cuanto que él no había hecho política, como Quevedo contra el Conde-duque. El tema del «menosprecio de corte», y el contraste con la aldea a lo «*Beatus ille*», tan corriente en Lope, creo que es algo más que un tópico literario. La vida inyectada en ese motivo horaciano, lleva el sentido de una experiencia desengañada. Fue mucha gente a su entierro, pero eso se hace siempre, y suelen ir en ellos hasta muchos enemigos en vida del finado.

Aunque no ocurre sólo con Lope, las alabanzas a Madrid van unidas muchas veces a sátiras de sus modos sociales. Así en «*De cosario a cosario*» :

«Si yo pintara el Amor
en la Corte, no lo hiciera
desnudo, sino abrigado,
y con bolsas por sus flechas.
Pintárale con sus botas,
su fieltro y capa aguadera,
porque el amor en Madrid
siempre ha de andar con espuelas».

En su «*Auto de los Dos Ingenios*», el Genio del Mal muestra la calle comercial más famosa de la Corte:

«Aquella es la Platería
del oro de mocedad;
aquí venden brevedad,
hermosura y gallardía,
Aquí están los mercaderes
de los placeres mundanos...».

Sobre el tema de mentiras y engaños de la Corte, Lope ha escrito muchísimo. Por ejemplo en este diálogo de «*La villana de Getafe*» :

ELENA.—¿Qué te parece Madrid,
ya que en verle te inquietas?
INES.—Que lo que a las alcahuetas
le ha sucedido, advertid:
que no ganan de comer
hasta haberlas azotado;
que habiéndolas afrentado
las han dado a conocer...».

Junto a todo lo que pueda respirar resquemor social, hay en Lope los naturales elogios a la villa escogida por los Reyes para su corte. Alaba el sitio y el crecimiento de la ciudad, pero se da cuenta de que es un auge artificial:

«En un llano
al salir del sol descansa.
Fértil de viñas y huertos,
rico de abundantes cazas,
lugar que, como amanece,
en otras partes el alba
y se ven aguas y flores,
en él amanecen casas.
Estas crecen ya de suerte
que para edificios faltan
los árboles a las sierras,
las piedras a las montañas».

(En «Los yerros por amor»).

Quedan sí, las emociones sacras, como en la devoción al patrono, San Isidro, tanto en las comedias sobre él, como en el poema narrativo, mejor logrado; pero aún aún ahí se ve la simpatía a lo humilde de aldea, a lo sencillo y sin enredos, al Madrid de los primeros versos acabados de citar; campo, y no corte, de un santo labrador. Las quintillas del poema son de lo más bello y sentido que haya escrito Lope, y en las desiguales comedias sobre el Santo, lo mejor son las escenas campestres, los cantos de faenas, las «letras» populares, insertadas. En el Madrid más feliz, el de su casa, aunque no le faltasen sinsabores íntimos, quiso aislarse en un huerto y unos libros, una capilla, y unos cuartos para sus hijas. Pero hasta allí persiguió su felicidad el donjuanismo cortesano. En Madrid, pasaron las cosas más dolorosas del Lope humano, como habían pasado las más desagradables para el Lope escritor. Todo el tema de «El villano en su rincón», aunque en explicable disimulo pone la acción en París, es el desprecio de la Corte. Juan labrador no quiere ir a ella, viviendo muy cerca, ni ver al Rey. Se siente monarca de sus tierras, de sus campos; y cree que la felicidad de sus hijos, curiosos de novedades, se puede perder en los modos cortesanos. Y en la obra se insertan los más bellos motivos populares, de faenas de tierras castellanas. Es una obra de las más sentidas, y mejor logradas, tanto en lo poético y sentimental, como en la estructura dramática.

Hasta en ciertos contrastes, se percibe el entusiasmo de Lope por otras ciudades. En una comedia tan bellamente ambientada en su villa

de nacimiento, como «El acero de Madrid», cuando Lisardo dice, sobre una de las fiestas más bellas y tradicionales:

«Este día de la Cruz,
ponen cuidado en la fiesta»,

le contesta Riselo:

«Si viérades a Sevilla,
lo dijérades de veras».

En la misma escena, junto a las alabanzas o entusiasmo hacia el ambiente de corte, surge la ironía «social», la mala costumbre de levantarse tarde, en Madrid, que como se ve ya era usual en tiempo de Lope (Larra censurará el comer tarde).

El mismo Lisardo está diciendo:

«Calles de Madrid, volvéos
prados y alfombras de seda,
caballos de aquestos coches,
como animales y fieras
haced regocijo al alba,
que sale vertiendo perlas...

.

RISELO.—Pues, por Dios, que son las doce».

Lope amaba a su Madrid; *pero como España a Unamuno, le dolía Madrid*. Le dolían las intrigas, los contubernios literarios, las zancadillas de los palaciegos, los «dios» de los «Mentideros». A su vez, veía los defectos exteriores de una capital improvisada. En la misma comedia, hay una bella exclamación, al aire y el ambiente de su tierra, que eso nadie podría quitárselo:

«LISARDO.—Frescos vientos de Madrid,
que las mañanas y tardes
venís de las altas sierras
a refrescarle y bañarle...».

Pedía, como siempre, nubes y lluvias:

Traed de sus pardas nubes
algunos toldos que tapen
estos tapetes de flores,
que al alba las hojas abren.

Venid bañados de aljófar,
o de estas fuentes tomadle,
con que mojando las plumas,
bañéis en perlas el aire...».

Pero el gracioso le remeda, aludiendo a la suciedad de las calles de una gran ciudad sin alcantarillas:

«BELTRAN.—Vientos, que en Madrid soléis
llevar de sus sucias calles,
más liquidámbar y algalia
que hay en treinta Portugales...».

El Prado, con sus escondidas y tapadas, las aventuras mañaneras o al ocaso, la pintoresca gallardía de caballeros, y colores ricos del traje de las damas, las fiestas, la pompa, y el canto constante «a los aires de Madrid», lucen sus fuegos artificiales o naturales en multitud de pasajes de sus comedias de Corte.

Belisa, una de sus Belisas, canta esta endecha, entre luminosa y melancólica, a su Madrid amado:

«Salí todo el mayo,
cuando el alba alegre
las primeras flores
de la Primavera,
a Atocha y el Prado,
en cuyas carreras
bullían los aires
con las hojas nuevas...».

A su Madrid no le podían quitar el aire, su encantadora primavera, el reir del clima, sus fuentes y alamedas, los amores por riberas del Manzanares —de cuya poca agua se rió Lope, como sus contemporáneos—, las zarzas y escondrijos, las meriendas en el Sotillo —que inventó el Don García alarconiano—,

«las flores risueñas,
llenas de rocío
del aurora fresca».

Este era su bienamado Madrid, que le liberaba de corrillos, sátiras de poetillas y poetazos, y de los dolores íntimos y desafueros cortesanos. Por

eso en su capilla casera, puso un San Isidro, ingenuo y labrador, entre sencillas casullas y bargueños para guardar papeles de amor. En «El acero de Madrid», firma Lope el final con el eglógico «Belardo». Es el encanto de las afueras de Madrid, como en «Al pasar del arroyo»:

«¿Qué moza desecharía
un mozo de tal donaire,
que da de coces al aire
y a volar le desafía?».

Un labrador, llamado precisamente Mayo, va a Madrid,

«mozo de siega y vendimia,
robusto como del campo».

Es curioso que en esta otra bellísima comedia, de acción entre Barajas y Madrid, Lope se acuerde del «Hortelano era Belardo, de las huertas de Valencia» (Acto II, escena VII). También en «La moza de cántaro», Martín, dice para encomiar una belleza de Madrid.

«Cómo te podré pintar
de la suerte que la vi?
Cultas musas, dadme aquí
un ramo blanco de azahar
de las huertas de Valencia
o jardines de Sevilla».

Madrid es también el lugar de los pretendientes de palacio, siempre esperando, y oyendo siempre «mañana»: «el patio de palacio, archivo de novedades, ya mentiras ya verdades», donde todos «pasean despacio». También es el Madrid del bullir de baratijas y oficios, de vendedores y pregones, que Lope idealiza en gracia e ironía de poeta.

«Cosas la Corte sustenta
que no sé cómo es posible,
¿Quién ve tantas diferencias
de personas y de oficios
vendiendo cosas diversas?
Bolos, bolillos, bizcochos,
turrón, castañas, muñecas,
bocados de mermelada,
letuarios y conservas;

mil figurillas de azúcar,
flores, rosarios, rosetas,
rosquillas y mazapanes,
aguardiente y de canela;
calendarios, relaciones,
pronósticos, obras nuevas,
y a Don Alvaro de Luna
mantenedor destas fiestas» (6).

Una ebullición de parásitos y solicitadores, en torno a la Corte, a Palacio; no nacidos de la riqueza propia o del comercio de la ciudad, como en Sevilla; con la confusa precipitación de lo improvisado, donde puede haber incluso dos calles del mismo nombre («El castigo del discreto», acto I, escena III). Sin embargo, Madrid es la «gran Corte del Rey de España», y Lope la vive, sobre todo, en los «olmos de hojas llenos» de la calle del Prado,

«junto a los olmos del Prado,
ques es de Madrid recreación»,

(«El desconfiado»), pero también en los garitos, o casas de juego, en «conversación y rifas, y mirones y trapeceros», o los lugares solitarios, donde puede encontrarse el peligro o la muerte:

«Mucho os debéis de guardar
de enemigos de Madrid».

(«Amar, servir y esperar»). En pocos versos, ofrece a «un caballero de Sevilla» recién llegado a la Corte, los encantos de Madrid, al decir el tiempo que estará en ella:

«El que bastare para ver sus calles,
con todas las demás grandezas della.
Sus bellas damas de gallardos talles,
el insigne Palacio, la Armería,
templos, jardines, montes, prado y valles».

(6) De «La moza del cántaro», acto II, escena XVI. Don Alvaro de Luna, el trágico personaje político del XV, se menciona como «mantenedor», por los muchos romances y relaciones sobre su vida y muerte, que corrían en versiones populares en la época de Lope. Otro gran madrileño moderno, jugaba con estas «greguerías» en nuestro siglo. Un paralelo entre los dos madrileñismos, e está señalado con agudeza, por Gerardo Diego, en «Lope y Ramón», «Colección Ateneo», Madrid, 1964.

Pero el principal recurso está en dos famosos lugares inmediatos:

«Al famoso Escorial irá algún día,
al Prado alegre, Aranjuez florido,
que en sus huertos pensiles desafia».

(«El castigo del discreto», acto I). Madrid, es gustado en todos sus detalles, por su poeta natural, que goza más de la jaula que de los pájaros que encierra: «Las rejas verdes de esa güerta hermosa...», o una «fábrica famosa, cuya grandeza y artificio admiran»: es el Madrid de los Austrias, que aún conservan reliquias y escudos de su pasado. «Notable centro el frontispicio enseña», dice sobre el Monasterio de los Jerónimos; así como la «güerta famosa» parece referirse a los jardines del Duque de Lerma, junto al Prado (7). Este sitio «da lugar y campo abierto», a citas de amor y a desafíos. El paso de una dama gallarda, es como la vida, el brío de este Madrid, amado en la sombra y el silencio,

«que el aire de una mujer
es bala de tiro, y tanto,
que mata el aire sin golpe».

A su vez, el forastero, contempla las bellezas arquitectónicas de Madrid «todo admirado y suspenso», destacando sus templos, como Santo Domingo, asociado al Rey Don Pedro; más tarde penetra en «mil tabernas» o se pierde por callejuelas y huertos. Sólo unos cuantos ejemplos, de lo que sería inacabable galería, de elogios y sátiras, de recuerdos queridos, y enojosos disgustos, de bella jaula natural y artística, llena en su mayor número de envidiosos, rivales o parásitos inútiles.

CIUDADES Y ALDEAS DE CASTILLA

La geografía de Lope ofrece un especial encanto en relación con Castilla. Como ciudad, sus preferencias van a Toledo, vivida, gozada y cantada, pero a la vez innúmeras villas y aldeas surgen en comedias diversas, con sus tradiciones, sus danzas, sus canciones de faena. De Toledo,

(7) Para todo lo concerniente a «El castigo del discreto», véase la edición con excelentes estudios y notas (de la mejor labor de hispanista), de William L. Fichter, Nueva York, 1925. Algunos detalles sobre Madrid, véanse en el citado estudio de G. Diego, «Lope y Ramón», por ejemplo el tema de los pretendientes y las losas de Palacio: «Hay hombres que en estas losas, sepulturas deste patio...».

donde transcurre la acción de diversas comedias, de historia medieval y coetánea, hay una recopilación de grandezas y curiosidades en la citada obra, de «El castigo del discreto». Teodora encarga al criado Pínavel, que vaya a la ciudad imperial, diciendo éste:

«Tú puedes
mirar lo que hay en Toledo,
conforme a lo que yo puedo,
para que servida quedes.

¿Qué quíes que traiga? ¿Una fragua
de sus espadas famosas,
o las ruedas ingeniosas
del artificio del agua,
acaso para la fuente?

¿Quieres algún torreón
de la puerta del Cambrón,
o algún ojo de la puente?

.
.
.

¿Quieres el ángel de piedra
de la Puerta de Visagra?

¿Algún cigarral acaso?
¿O en la Vega quieres ya
adónde más rasa está
algunas varas de raso?

¿Quieres de Zocodover,
Teodora, alguna ventana,
o acaso de Galiana
quieres los palacios ver?»

Siguiendo la ironía hiperbólica del gracioso, la dama hace sus imposibles encargos:

«Tráeme del agua del Tajo
.
De la Casa de los Locos
los cuentos que se encarecen...

De la Huerta del Rey,
 dos famosas calabazas,
 Y porque son importantes
 a un mal ganado portillo,
 dos almenas del castillo
 que llaman de San Cervantes»

La catedral de Toledo, tenía, necesariamente, que ocupar el primer plano del interés de los visitantes de la imperial ciudad. El primer verso, con que empieza, «La noche toledana», que dice en el mesón el recién llegado es:

«Veré la Iglesia Mayor»

Y en ella, como hoy, la atracción admirativa de sus riquezas:

«¡Qué sagrario, qué tesoro,
 qué reliquias y grandezas,
 qué de fuentes, qué de piezas,
 qué de ricas joyas de oro!».

con la obligada alusión a la leyenda de la «investidura» celeste de San Ildefonso. Para fiestas, procesiones y desfiles, los balcones de Zocodover son el sitio ideal. («Señora, a Zocodover, allí tenéis un balcón»).

Una de las comedias mejor estructuradas de Lope, en el género «de capa y espada», y que se adelanta a la perfección calderoniana, «Amar sin saber a quién», transcurre en Toledo y extramuros. Desde la pendencia inicial, en la soledad de las piedras del castillo de San Servando o Cervantes, las espadas de los duelistas llevan la cifra de la más famosa industria toledana:

«DON FERNANDO.—¿Con la espada respondéis?

DON PEDRO.—Sólo con acero puedo,
 que es la lengua de Toledo».

Don Juan, llegado de Sevilla que no puede impedir la lucha, es acusado fatalmente, de una muerte que no ha cometido. Venía de Sevilla, y antes de poder dar la vuelta hacia Orgaz (nótese, como en toda la comedia española de situación costumbrista, lo exacto de los detalles geográficos), es sorprendido por la justicia, ante el caballero muerto, habiendo huído el matador. La ambientación de la pre-romántica Toledo, no pue-

de ser más completa, y la especie de fatalidad que sobre Don Juan se cierne:

*«En desdchado y desgraciado punto
vine a Toledo».*

Lope se adelanta, ruinas del Castillo, una pendencia, una muerte, una aparente culpa movida por el destino, al Toledo de las leyendas de los Románticos, que conocieron, sin duda, esta comedia, que editó Hartzenbuch. La ambientación caballerescas está finamente precisada. Las damas y criadas que se presentan en escena, son muy leídas en los romances y en Don Quijote, en el Abencerraje y Jarifa, tras las rejas azules de la imperial ciudad (acto I, escena VI), y viven «imaginaciones de amor», que también parece romántico. Ya el título de la obra lo parece.

Se alude a la fama de las toledanas en gracia y hermosura. Detalles de la catedral (las columnas con las armas reales, la puerta de los Leones), la puerta de Visagra y el puente, capas terciadas, mientras se esfuma la sombra de los Monasterios; alusiones en la cárcel a los conversos (8) con la gracia andaluza del preso, criado andaluz, todo se resuelve en una de las más equilibradas composiciones de Lope, que lindando con el drama se resuelve en pura comedia de intriga. El soneto a la cárcel, de Don Juan es excelente en ingenio emblemático:

«Oscuro laberinto, cárcel fuerte,
sepultura de vivos afligidos...

.
Monstruo sin pies, cabeza sin oídos,
dado donde el favor pinta la suerte».

No recuerdo que se haya destacado la alusión, por el gracioso, al cuento de Pitas Payas del Arcipreste, ya sea por conocimiento del famoso «Libro», o por tradición oral (9).

(8) Al hacer los otros presos bromas sobre la nariz larga de Limón, como signo de raza judía, en que el gracioso satiriza los linajes (sabido es que la nobleza era menos «de sangre limpia» que el estado llano):

«LIMON.—Largas (narices) hay con hidalguía
y muchas cortas sin ellas».

También es curioso el chiste sobre el origen de los judíos que pueden ser chatos: descienden de los que se cayeron boca abajo, al ver que el preso a quien buscaban en el Huerto, era Jesús Nazareno (Evangelio de San Juan). En todo, destaca la gracia socarrona del escudero sevillano.

(9) Cuando la criada que va a auxiliarles a la cárcel, para decir que se llama Inés, señala que su nombre es el de la Santa «con el cordero en los brazos», él contesta: «Como el cordero no crezca, de tus brazos soy, Inés».

Se ha pensado mucho en que Lope «inventa». Pero, ¿no será el argumento, tan perfectamente situado en Toledo, de «Amar sin saber a quién» un suceso real, del que tuvo conocimiento en los mismos lugares, aunque él, poeta por encima de todo, transfigurara y embelleciera? Don Juan cuenta su historia en una Toledo digna de los paisajes de ensueño y «precipitación» de Góngora y el Greco:

«Llegaba al castillo
que entre peñas pardas
en el Tajo mira
sus almenas altas».

Leonarda le contesta, en el mismo tono, hablando del «rayo que mata», recordando al sevillano, las «dos riberas», que surcan barcos de Triana», y de las «peñas» de Toledo en donde el enamorado, del mismo nombre de pila que el Tenorio de Tirso, «mata almas» y habla como los enamorados del propio poeta:

«Yo por ti, Don Juan,
te di plata y prendas...»,

y tiene celos de otra, y dice:

«Entre tus papeles
(nunca yo los viera)
vi los de una dama
que te escribe tierna...

.....
Plega a Dios, ingrato,
que nunca la veas:
que la adoras, falso...

Dirás'le que queda
una toledana
por ti sólo muerta...».

Las toledanas de todos los tiempos, convierten las entelequias o musas en realidades, y se consideran muertas o matadas, hasta en las dedicatorias de los retratos («Qui potest capere, capiat») y Lope intuyó o vivió hasta esto. Y hasta ella piensa que su supuesta rival será fea (escena VIII del acto III).

Por otra parte, en el orden sacro, en «El capellán de la Virgen», nos presenta la Toledo de danzas y fiestas en que las aldeanas de los contor-

nos, compiten con su belleza natural, y aún superan, a las ingeniosas de la capital. Entre las aldeanas sonrosadas y sin afeites las hay de Sonseca.

En «Peribáñez», cuya modalidad sobre el honor, señalaré después, Lope canta el encanto sabroso de la villa de Ocaña, en esta especie de bodegón, del rico labrador oferente a la esposa:

«Toda esta villa de Ocaña
poner quisiera a tus pies...

El olivar más cargado
de aceitunas, me parece
menos hermoso, y el prado
que por el mayo florece
sólo del alba pisado

No hay camuesa que se afeite
que no te rinda ventaja,
ni rubio y dorado aceite
conservado en la tinaja,
que me cause más deleite.

Ni el vino blanco imagino
de cuarenta años, tan fino
como tu boca olorosa;
que, como el señor la rosa,
le huele al villano el vino».

LOS DRAMAS DE HONOR Y SU LOCALIZACION GEOGRAFICA

Tres de las cuatro obras más famosas de Lope se basan en el concepto del «honor popular» y las tres ofrecen diversas modalidades, conforme al lugar en que ocurre la acción. Son «El mejor alcalde, el Rey», tierras gallegas y León; «Fuenteovejuna», en candente raiz cordobesa, y «Peribáñez» en tierras de su querida Toledo, la más amada por Lope, conforme fue olvidándose de Valencia y sus particulares estados de alma. La cuarta obra, «El caballero de Olmedo», es también esencialmente castellana, como el «Peribáñez», e igualmente lírica. Pero aquí, aunque también la venganza envidiosa se mezcla a la idea del honor, predomina lo legendario en la tradición de las rivalidades entre pueblos. Como evasión lírica norteña, del gallego Macías, víctima de los celos de honor en la ardiente Córdoba, transcurre la acción legendario-subjetiva de «Porfiar hasta morir», obra de gran belleza y una de las que he incluido entre las ocho seleccionadas en la Editorial Vergara, de las que

una es una concesión a la fama lejana, «La Estrella de Sevilla». En dicha edición, ya indico los problemas de atribución, y la casi seguridad, de que por lo menos en la forma que está el texto no puede ser de Lope. Añado sobre esto, que acaso lo que más pueda darnos una clave de estilo, es la diferente forma de los ambientes sevillanos en «La Estrella» y las comedias seguras de Lope. Falta toda la ágil fluidez de la Sevilla que lleva en su alma, y tan unida a puntos concretos. Los elogios a Sevilla en el comienzo de «La Estrella» suenan a retórica hueca, en décimas acartonadas, cosa que nunca se halla en Lope. Baste compararlas con las flúidas décimas de «El mejor alcalde», comienzo, o «El caballero de Olmedo» en el presentimiento de la muerte, y se percibirá la diferencia. Sea quien sea el autor de «La Estrella de Sevilla», se trata de un poderoso drama en que juega el honor un papel esencial: pero está unido a la lealtad al Rey, el conflicto entre esto y el amor, o la incompatibilidad que surge entre los enamorados, al haber por medio sangre de un hermano. Ante todo es el problema entre Rey y vasallo, y como está basado en un hecho injusto entra en lo que he llamado el «conflicto con los poderes de la tierra». A pesar del título, se siente mucho menos la Sevilla verdadera, su clima, su riqueza, su garbo, que en las comedias seguras de Lope. Hay de todo ello, pero, como hemos dicho, en tópico sin vida. No quita esto valor a la grandeza de los personajes, la habilidad en las situaciones, y una técnica de lo esencial que en este sentido más se separa de Lope, que se acerca. A las cuatro obras citadas arriba, puede añadirse una extraordinaria tragedia psicológica, «El castigo sin venganza» —también incluida en mi edición citada—, sin dudas de atribución, y en su mejor estilo, y con flúidas décimas glosadoras. Pero lo dejo aparte por transcurrir la acción en Italia y basarse en relato novelesco-histórico de la Literatura del Renacimiento. Adivina Lope ahí, la venganza italiana, y eso mismo le da un sentido de la extensa variación de matices que aparece en cada drama de honor (10).

Enlazando con el tema toledano, voy a empezar por el «Peribáñez» que acaso sea la primera de las tres, ya que aparece en las «Doce Comedias de Lope de Vega Carpio...», en Madrid, 1614, y la probable fecha de composición parece el 12, o quizá el 13. En la obra se contraponen la aldea y la ciudad, Ocaña y Toledo. La placidez de la vida sencilla, des-

(10) Véase para todas estas obras, la aludida edición de Lope de Vega, «Obras» (debiera haberse añadido tomo I, según mi indicación, pues sólo corresponde al sector de «Dramas», y pienso seguir con otros tomos de «Comedias» y «Obras líricas y selección de épicas», y en prosa del mismo poeta), Editorial Vergara, Barcelona, 1963, edición, prólogo y notas de Angel Valbuena Prat. Puede verse, en las notas del prólogo, en especial en el estudio dedicada a cada una de las obras incluidas la bibliografía hasta esa fecha sobre el tema.

de las bodas, se ve turbada por la entrada del Comendador, que aunque lo es de Ocaña, reside, generalmente, en Toledo. Amor y honor se contraponen y luchan, pero una cierta serenidad, en contraste con los otros dos dramas semejantes, corresponde a su localización. Castilla, en su Toledo no es ni puro capricho feudal como en «El mejor alcalde...», y menos la sangrienta cabalgata trágica, en la seducción y en la venganza, de la «Fuenteovejuna» cordobesa, tierra a su vez de «Los comendadores...». Escoge el tema legendario de Ocaña y Toledo para una obra crucial en la vida de amores del poeta. Ya Menéndez Pelayo, al llamar «drama social» a esta obra «profundamente democrática» observaba que ofrecía la verdad del «ambiente local de la Mancha de Toledo». Estas tierras aparecen, como una experiencia vivida, con sus nombres locales, sus costumbres, cantos de faenas y danzas de boda, romerías y fiestas, talleres de pintores y escultores de santos policromados. Escribe el drama, en un estado de nostalgia, en que se amontonan recuerdos lejanos y dolores inmediatos, desengaños y amores, felicidad conyugal ya pasada (debió escribirse a raíz de morir su segunda esposa) y como una voz de vocación sagrada, no sin cierta ironía escéptica sobre su resolución:

PERIBAÑEZ.—¿Tan viejo estáis ya, Belardo?

BELARDO.—El gusto se acabó ya.

PERIBAÑEZ.—*Algo de él os quedará
bajo del capote pardo.*

Esto me recuerdo a la alumna que al recopilar al vida de Lope decía: «Se ordenó de sacerdote, pero siguiendo, debajo de la sotana, el mismo de antes». Pero tras la ironía, la emoción en esa acogida a sagrado:

«BELARDO.—Cayó un año mucha nieve,
y a la iglesia me acogió».

Lope había sido a la vez el esposo enamorado, y el turbador de hogares, aunque no fueran perfectos como el de Ocaña. Por eso siente tan objetivamente la doble pasión del marido y del Comendador. Este no es como el de «Fuenteovejuna» un vesánico, ni un feudal entre la crueldad y el despotismo como el Don Tello de «El mejor alcalde...», sino un auténtico enamorado, que hasta sigue a lo lejos a la bella casada, como un trovador pre-romántico, que la hace retratar para ver siempre su figura, que procura conseguir su deseo con dádivas y palabras de cariño, y sólo llega a una violencia encanallada, cuando la va a tener en sus manos, vendida por sus propios parientes. Respecto al marido, ¿cómo un noble podía comprender la dignidad, el honor de un villano? Pero, al

morir a manos de éste, le perdona y pide a Dios por su alma. Muerte ejemplar, que deja de lado toda soberbia de clase, y hasta quiere justificar el «atentado», diciendo que ciñó la espada al labrador, y es por tanto el efecto fatal de un lance entre caballeros. ¿Hay en este retrato algo del Duque de Sesá, por una parte el amigo tan querido, y a la vez el incomprendedor de la dignidad del poeta, a quien obligaba a escribir papeles de amor, en tercerías? Sesá era a la vez caritativo y dadivoso, cruel y valiente, infiel a su hogar y los otros, con algo de espíritu de poeta.

Lope, une en esta obra subjetivismo con experiencia, se identifica con cada personaje. Al tratar con objetiva simpatía al propio Comendador, ve como un eco de sus propios amoríos poetizados. En la dignidad de Peribáñez interpreta el honor popular, que no permite ultrajes contra el sagrado del matrimonio, y a la vez canta la felicidad hogareña, haciendo de Casilda una de las figuras de mujeres más bellas del teatro. Los detalles de las tierras de Toledo corresponden a esa plural comprensión de las Españas, que caracteriza la obra total de Lope.

En «El mejor alcalde, el Rey», los territorios de Galicia y León, en tiempo de Alfonso VII, plantean un conflicto social semejante, con la matización propia de una región diversa. Don Tello es el señor feudal de la Edad Media, que sólo atiende a su capricho, y se cree como un rey de sus tierras. El recién casado Sancho entre indeciso, apoyado por el padre de Elvira, y en actitud de sumisión, sin excluir la dignidad, ante el propio raptador y ante el Rey, lleva un sello diferente. El porquerizo Pelayo, el gracioso, es también muy gallego, entre socarrón e ingenuo, malicioso y observador. La obra que se inicia en una especie de ambiente de égloga, de amor y paisaje brumoso, entre el río y el bosque, va adquiriendo una esencial elevación trágica, en una de las mayores intensidades dramáticas conseguidas por Lope, y dentro de una unidad fundamental. La acción es sobria y graduada hasta la misión justiciera del Rey que resuelve el problema humillando y condenando al usurpador de poder, y amparando al «estado llano».

Es interesante ver cómo el drama lírico del cantor Macías, héroe de cantigas y de leyendas, cumple su destino trágico en la Córdoba, donde Lope colocará sus dramas de honor más impresionantes. Se había hecho ya una historia trovadoresca y romántica del cantor gallego, que era ya en el XVI considerado como el prototipo del «mártir de Cupido». El siglo XV le colocaba en los «infiernos de enamorados», y Santillana lo había asociado a los famosos versos del episodio de Paolo y Francesca de Dante. Las estrofas de Mena se hicieron famosas, y una de ellas—«Amores me dieron corona de amores»—, la pone Lope en boca de su personaje. Sintió a Macías como un mito nacional, trovador de tierras gallegas y «sacrificado» en las patéticas pasiones del honor en la Córdoba se-

nequista y árabe. Clara, la amada por Macías, la esposa del «sacrificador», se mueve en una actitud poética, que sugiere más una idealización platónica, que el propósito de adulterio, aunque no falten detalles que permiten ver las raíces humanísimas del cantor a la vez ingenuo y constante, que por sólo cantar paga su insistencia con la vida. Lope une la tradición medieval con un mitologismo renacentista, y su Venus entre flores, rodeada de dos mil Cupidos, de unos de sus más bellos versos, recuerda un motivo del Tiziano. A su vez la tierra andaluza, anuncia la tragedia «lejana y sola», que cantaría siglos después el sino también de muerte de García Lorca:

«Ya
descubre el alba celajes,
en el cuchillo del monte,
que corta Córdoba azahares».

En la misma tierra (11) colocará una de sus más terrible venganzas de honor. «Los comendadores de Córdoba», sigue también una historia y una tradición.

Se refiere a un terrible hecho de venganza de honor, que en el mismo siglo XV, en que debió ocurrir, fue cantada en «letras» que glosó el llamado «ropero de Córdoba», el judío Antón de Montoro:

«Los comendadores,
por mi mal os vi;
yo vi a vosotros,
vosotros a mí».

La esposa del Veinticuatro, y su prima, se entienden con los galanes comendadores, y la venganza del marido y pariente fue feroz: aniquilar no sólo a las culpables sino a todos los testigos de su deshonra. Lope trató el asunto con una fiera, que llamaríamos cordobesa. Córdoba, la patria de Séneca y de los grandes toreros: muerte, sangre y hasta invitación al suicidio. Nietzsche llamó a Séneca, «el torero de la virtud». En ese mismo ambiente de violencia y sangre ocurre la tragedia social de «Fuenteovejuna», acaso el drama más poderoso y de eterna vigencia de todo Lope. Ya que, como he dicho en otra parte, hay tantas «Fuenteovejunas» como revoluciones. Para Lope la rebeldía del estado llano, era aceptada por los mismos Reyes. Para los rusos nihilistas del XIX, era una anarquía: para los soviéticos, que cortaron la intervención

(11) La obra que he analizado es «Porfiar hasta morir».

de los Monarcas Católicos, un «pre-marxismo» de lucha de clases. Y la han llevado hasta el ballet con el título de «Laurencia», la proletaria (que en Lope no lo es) en lucha con el señor feudal o sea el «capitalismo» de otra época. Para los rojos españoles, aún pidiendo perdón a Lope, aparecía como en los rusos. En la posguerra, pudo interpretarse como revolución «vertical», ya que Reyes y pueblo están, al fin, a una.

Fuera de España es una de las obras más representadas y de más fama de todo el teatro español. «Fuenteovejuna» es la tragedia rebelde de todo un pueblo que defiende su dignidad, su «honor», su *persona*. Recoge muchos motivos de época, como la contraposición de aldea a ciudad, muy del poeta y que con otros ha analizado Casaldueiro. Pero el ímpetu revolucionario que la obra conserva, sin excluir otros puntos de mira, da la razón al juicio, aunque parezca decimonónico, de Menéndez Pelayo. Porque en efecto la obra posee «sencilla e imponente grandeza», es como «un drama épico», de «la venganza de todo un pueblo»: recoge «la tumultuosa y desbordada furia de los tumultos anárquicos que iluminaron con siniestra luz las postrimerías de la Edad Media y los albores de la moderna». Los años siguientes han dado toda la razón al polígrafo santanderino, padre de toda nuestra crítica sobre Lope, entre tantos otros méritos. Surge ofreciendo un «Lope vivo» a la luz más o menos siniestra de todas las revoluciones, y de todas las defensas de la dignidad humana, sin distinción de clases. Pero el enclave en las tierras cordobesas, va a tono con esa ferocidad de toro acosado, de sangre y violencia, de peles de nobles y sus seguidores, y signo en rebeldía de los propios instrumentos de trabajo. Pero en Lope se corona todo, bajo el trono de Fernando el Católico que acoge a los rebeldes:

«Y la villa es bien se quede
en mí, pues de mí se vale».

En cada tierra de España, un gran drama de honor, justicia o venganza.

CATALUÑA EN LAS TIERRAS DE LOPE

Cada región o reino, ofrece a Lope motivos diversos. Respecto a Cataluña, diversas comedias ofrecen elogios de ciudades, principalmente Barcelona. Puede ser el mero tópico, de la anchura, grandeza, acogimiento y generosidad. Pero a su vez, Lope se da cuenta del sentido barcelonés para el arte y la protección a los pintores. En «Los Ponces de Barcelona», un personaje que nada en la opulencia se enamora de la

hija de un pobre pintor —pobre de riquezas mundanas— y con este motivo se inserta un elogio apasionado de las Bellas Artes, que habría que agregar a los motivos apologéticos que estudió Curtius en nuestro Siglo de Oro, especialmente en Calderón. La imagen de la pintura, en una frase de esta comedia barcelonesa de Lope, sirve para definir el doble plano de realidad y ficción que atraviesa la obra lírica, épica y dramática del Fénix:

«Así también pinceles soberanos
que unos pintan verdad y otros mentiras».

—También Calderón, situaría en Barcelona el taller y arte del pintor, en una de sus humanas comedias de honor y celos («El pintor de su deshonra»)—.

La obra más enraizada en Cataluña, de Lope, es la miscelánea novelada de «El Peregrino en su patria», donde el tema de Monserrat ocupa un puesto destacado. Se inserta aquí Lope, en la tradición de la devoción mariana, localizada en el santuario entre peñascos ásperos, que ya sugirió a Pero López de Ayala, en su «rimado de Palacio» un bello cantar (Ayala interpola en la obra cantares en loor de otros santuarios de la Virgen, como Guadalupe y Santa María la Blanca de Toledo). Además de la descripción en prosa barroca, de la llegada del peregrino a Monserrat, Lope dedica a esta advocación un típico soneto:

«Serrana celestial de esta montaña,
por quien el sol, que sus peñascos dora,
sale más presto a ver la blanca aurora
que a la noche venció que al mundo engaña;

a quien aquel pastor santo acompaña
que en el cayado de su cruz adora
cuanto ganado en estas sierras mora
y con su marca de su sangre baña.

¿Cómo tenéis, si os llama electro y rosa
el Esposo a quien dais tiernos abrazos,
color morena, aunque de gracia llena?

Pero aunque sois morena sois hermosa,
y, ¿qué mucho, si a Dios tenéis en brazos,
que dándoos tanto sol estéis morena?»

Este es el soneto del «peregrino español», tras los entonados por el alemán y el flamenco.

Paralelos son motivos de las «Rimas sacras», en que entran motivos claramente conceptistas. «El Peregrino» es típico en su barroquismo, a la vez culto y conceptuoso y su elaborada prosa compite con un cierto retorcimiento intelectual que, con metáforas que se acercan al gongorismo, aparece en los versos intercalados. Hay, pues, una «Cataluña culta», más que detenidamente vivida, en el Lope de todas las Españas, que culmina en la devoción a la «Moreneta» de Monserrat.

«Nuestra Señora de Monserrate, dijo el peregrino, es ilustrísima por maravilla entre todas las de España, de que verás en su templo infalibles testimonios».

Y como en la comedia antes citada, el tema de la pintura vuelve a aparecer. Milagros de la Virgen en relación con los artífices que trazan su imagen, ofrecen ingenuidad, y la emoción del Lope pecador y arrepentido. Sobre el pintor salvado de una caída mortal, porque la Virgen pintada le sostuvo con su brazo, comenta fervorosamente el Peregrino (especie de alter ego de Lope): «Cosa es esa digna de admiración, y que considerada, mueve a lágrimas; y ofréseme imaginar piadosamente un pensamiento para más gloria de la Virgen, y es el haber dejado de tener a su hijo, por tener un pecador; que, por ventura, si cayera se condenara». La asociación de cada misterio de María, a los diversos cuadros de un artista, es una de las más bellas páginas del libro.

Los tres peregrinos —español, flamenco y alemán— quedan extasiados en la riqueza del monasterio monserratino, «viendo vestidas las paredes de tan extraordinarios paños y historias; porque las cadenas y grillos, mortajas y tablas, y otros mil géneros de ofrendas, haciendo una correspondencia admirable alegraban y suspendían los sentidos». Hacen oración, y compiten en sus aludidos sonetos. En el del alemán, «la cándida Paloma» hace nido en ese risco, y el flamenco comienza en forma semejante a varias descripciones literarias de Toledo:

«Inclita pesadumbre, que a las bellas
luces del cielo la cerviz levantas,
porque la luna de tus verdes plantas
las bajase a poner la suya en ellas...»

En la descripción de las ermitas en torno al Monasterio, «cubrían altas y empinadas peñas, de cuyas junturas salían troncos de árboles...».

En la parte profana del libro, no falta el entusiasmo por la gran ciudad catalana, al decir el cantor de Fílida:

«Sales del mar español,
que a la insigne Barcelona,
el muro antiguo corona,
como sale al alba el sol...»

El texto del «Peregrino», obra sobrecargada de erudición y citas, tiene aprobación de 1603, y parece aludida en las bromas del prólogo de la Primera Parte del «Quijote» cervantino. Realmente, lo más emotivo está en los motivos marianos entre los que descuella la devoción de Lope, a la advocación de la Virgen de Monserrat (12).

La contraposición de aldea a ciudad, en relación con Barcelona —análoga a la indicada respecto a otras tierras de España— aparece en la comedia «El despertar a quien duerme», en que se intercalan bellas letras para cantar.

(12) La obra apareció en Sevilla, 1604. Aparte las peripecias novelescas, bastante confusamente hilvanadas, interesa por recoger cuatro de los autos sacramentales de su primera época.